

CONCEPTOS FUNDAMENTALES DE NIETZSCHE.

1. APOLÍNEO-DIONISIACO.

Estos dos conceptos derivan de los dioses griegos Apolo (dios griego del Sol, símbolo de la medida, la armonía, la serenidad, las formas) y Dionisos (dios del vino, símbolo de la pasión y la sensualidad, del ansia de vivir y de la creación artística), a los que Nietzsche contraponen como facetas distintas del espíritu humano. Con el concepto 'apolíneo' Nietzsche hace referencia al componente armónico, luminoso y sereno del espíritu griego, en oposición al componente pasional, entusiasta y vital representado por lo 'dionisiaco'. Apolo es el dios de la claridad, del orden, frente al mundo de las fuerzas instintivas y primarias. Representa también el equilibrio, la medida, la forma, la racionalidad. Frente a él, Dionisos (Baco para los romanos) era el Dios de la lujuria, la pasión, el desenfreno, al que rindieron culto las bacantes, fiestas presididas por el exceso, la música, la pasión. Lo dionisiaco representa, pues, el aspecto irracional e instintivo de la vida, la embriaguez y el entusiasmo por vivir.

Nietzsche presenta estos conceptos en su obra 'El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música'. En ella, Nietzsche quiere mostrar como en la Grecia clásica de Homero existía una concepción dionisiaca de la vida que se perdió cuando aparecieron en escena Sócrates y Platón. En el s.V a.C. sitúa Nietzsche el inicio de la decadencia de Occidente. Es el momento en el que Dionisos es suplantado por Apolo. Sócrates y Platón difaman los sentidos, los instintos, la pasión, e inventan un mundo de legalidad y racionalidad, un mundo puramente apolíneo. Sócrates inaugura el desprecio por lo corporal y la fe en la razón, que será asumida por toda la tradición filosófica posterior.

2. MORAL CONTRANATURAL/CONTRANATURALEZA.

Es la moral propia de los débiles y resentidos contra la vida, de los que rechazan el cuerpo y sus pasiones, de los que afirman la realidad de un mundo superior por cuya consecución debemos sacrificarnos en esta vida. La moral contranatural surge como contraposición a la moral natural, que es la de los fuertes, la que se basa en la voluntad de poder y la valoración de esta vida, la vida terrenal, como lo más importante de todo. La moral contranatural nace del resentimiento que los débiles tienen hacia los fuertes, y pretende hacer de sus defectos (debilidad, cobardía, resignación, etc.) virtud. Toda moral que exija sacrificio y mortificación en esta vida para ganarse otra vida en el más allá, es una moral contranatural.

3. MORAL SANA.

Pero Nietzsche no es un amoralista, sino un inmoralista. Se opone a la moral tradicional, pero no carece de ella. Su apuesta tiene un criterio esencial: la verdadera moral, los verdaderos valores son aquellos que mantienen una fidelidad a la vida, que respetan las tendencias primordiales de la vida, los instintos, la pasión, frente a la moral tradicional, (la moral cristiana) que es la moral de resentimiento, de abnegación, de rechazo de lo biológico, lo instintivo y lo natural de la vida humana.

La moral sana es la que está regida por el instinto de vida y nos aleja de toda forma de vida trascendente. La moral sana, pues, es la moral natural, la que afirma la sola existencia de esta vida y conduce a vivirla de forma plena e intensa, sin trabas que la asfixien ni la encadenen a un falso mundo celestial por cuya consecución se sacrifique esta vida.

Junto a estos dos conceptos, Nietzsche habla de 'moral de señores' y 'moral de esclavos', que se identifican respectivamente con la moral sana y la moral contranatural.

4. MORAL SOCRÁTICA.

La moral socrática, a la que Nietzsche consideraba culpable originaria del extravío de la cultura occidental y del abandono de los valores acertados de los primeros griegos, consiste esencialmente en la afirmación de que el conocimiento lleva a la virtud (verdad=bien=virtud), convirtiendo al sabio, al que da primacía a su parte racional y domina y sofoca su parte pasional e instintiva, en el modelo ideal de hombre. Nietzsche censura duramente este ideal y defiende el desarrollo de la parte vital e instintiva del ser humano en detrimento de su parte racional, que dictatorialmente ha imperado en la cultura europea desde los tiempos de Sócrates.

5. TRANSMUTACIÓN DE LOS VALORES.

Con el concepto de transmutación de todos los valores Nietzsche hace referencia a la necesidad de reemplazar los valores tradicionales (en concreto los valores cristianos y burgueses) por una nueva tabla de valores centrada en esta vida y en el deseo de vivirla plena e intensamente. Frente a la moral resentida de la tradición occidental, Nietzsche defiende una moral fuerte y creativa, que parte de la afirmación de la vida y confiere valor supremo a la afirmación y realización del hombre.

Nietzsche no propone vivir sin valores (llega a considerar incluso que esto es imposible); lo que realmente propone es invertir la tabla de los valores tradicionales, superar la moral occidental, que es una moral de renuncia y resentimiento ante la vida con la esperanza de encontrar una vida de ultratumba. Con el cristianismo prospera la moral de los débiles, de los que quieren huir del rigor de la vida inventándose un mundo objetivo, de reposo, de justicia, de absoluta felicidad. Hay que recuperar la moral de los señores, la moral que ama lo noble, que afirma la muerte de Dios, que no teme al sufrimiento ni al dolor, que dice sí a la vida, sí a la excelencia, a la jerarquía, a lo no igualitario. Recuperar estos valores es fundamental, y en esto consiste la transmutación de todos los valores: poner fin a la moral de esclavos y débiles (moral cristiana) que ha imperado en occidente durante siglos.

6. NIHILISMO.

El concepto 'nihilismo' procede del latín 'nihil' que significa nada. Se trata de la negación de toda creencia, de todo valor. Esta teoría surgió en Rusia en el s.XIX, tratándose en principio de una actitud, un estado de desesperanza propio de los que no saben qué hacer con sus vidas. Posteriormente se convirtió en una doctrina cuyo objetivo inmediato era acabar con todas las ideas adquiridas y los prejuicios sociales, aproximándose a los postulados anarquistas.

La idea de nihilismo en Nietzsche es bastante compleja. Por un lado, el nihilismo expresa para Nietzsche la decadencia vital de la tradición occidental, que se ha empeñado en crear una realidad absoluta, en la que se sitúan los valores objetivos, la Verdad y el Bien. En la medida en que el cristianismo concentra esta realidad absoluta en la figura de Dios, a la que opone el mundo de las cosas naturales, y en la medida en que dicho mundo 'superior' es una pura nada, la cultura cristiana, y en definitiva toda la cultural occidental, es nihilista, pues dirige toda su pasión y esperanzas a algo inexistente (el Dios cristiano, el Mundo Ideal y Racional de los filósofos) despreciando la única realidad existente, la realidad del mundo que se ofrece a los sentidos, la realidad de la vida. A este nihilismo Nietzsche lo denominó '**nihilismo pasivo o reactivo**'.

Junto al nihilismo reactivo, Nietzsche habla también de un **'nihilismo activo'**. Es también nihilista la filosofía que intenta mostrar cómo los valores dominantes son una pura nada, una invención. La filosofía nietzscheana es nihilista en este sentido, no en el anterior, pues propone la destrucción completa de todos los valores vigentes y su sustitución por otros radicalmente nuevos, esto es, propone la transmutación de los valores. Este nihilismo es, además, una fase necesaria para la aparición de un nuevo momento en la historia de la cultura, para el reencuentro con el sentido de la tierra, la aparición de una nueva moral y un nuevo hombre: el superhombre. Y este nihilismo tiene un punto culminante: la muerte de Dios, esto es, la muerte de toda trascendencia, de todo más allá, la afirmación de la vida que aparece en el lema nietzscheano: "permaneced fieles a la tierra".

7. MUNDO APARENTE-MUNDO VERDADERO.

Con estos conceptos Nietzsche hace referencia a la división de la realidad en dos mundos establecida por la metafísica tradicional y la religión: un mundo superior y verdadero (el mundo de las Ideas, el cielo cristiano, caracterizado por ser inmutable, eterno, imperecedero, absoluto) y un mundo inferior, cuya realidad es sólo aparente (el mundo sensible, de los sentidos, del devenir, caracterizado precisamente por todo lo opuesto a lo anterior, es decir, mutable, perecedero, finito, etc.). Nietzsche consideraba que debería invertirse esta división y considerar mundo verdadero al que hasta ahora se calificó como mundo aparente y mundo falso e inexistente al que hasta ahora ha sido considerado como el superior y el verdadero.

La división entre ser real y ser aparente, entre mundo de las Ideas y mundo sensible, de la metafísica tradicional es ya un juicio valorativo sobre la vida, un juicio negativo, porque da más importancia al mundo de las ideas que al mundo de los sentidos, que se califica de irreal y aparente. Más, en realidad, dice Nietzsche, no hay un mundo aparente y otro verdadero, sino el devenir constante de las cosas. La distinción entre mundo verdadero y mundo aparente tiene graves consecuencias en el ámbito moral. Distinguir entre un mundo falso y aparente y un mundo verdadero implica, desde una perspectiva moral, la renuncia y el sacrificio de esta vida en beneficio de otra en el más allá.

8. INOCENCIA DEL DEVENIR.

En opinión de Nietzsche la filosofía tradicional ha sentido siempre rechazo al devenir, al carácter cambiante y fluyente de las cosas, persiguiendo ilusoriamente el ideal de una realidad superior que poseyera los caracteres contrarios a los de este mundo cambiante en el que habitamos. Para estos filósofos el carácter fluyente de la realidad, el incesante cambio de las cosas, el devenir, ha sido algo molesto que no coincida con las características que, según ellos, debería tener la verdad realidad: inmutabilidad, eternidad, universalidad, etc. Frente a esta actitud de rechazo al devenir y minusvaloración del mundo sensible, Nietzsche afirma la sola existencia del mundo del devenir y las cosas, considerando que no existe más que este mundo, perpetuamente móvil y cambiante, sin que exista ninguna realidad superior a esta ni ninguna meta ni estado último que sea la culminación del devenir. Sólo un filósofo se salva de esta acusación: Heráclito, que también reconoció, frente al Ser único, inmutable, imperecedero y eterno de Parménides, el continuo fluir de las cosas, la realidad como devenir, como cambio, siendo imposible incluso que 'alguien se bañara dos veces en las aguas de un río'.

Del mismo modo, a Nietzsche le parecen errados y falaces los intentos de encontrarle un sentido al devenir, una interpretación verdadera y exclusiva, un modo único de valorar a una realidad que, por esencia, es fluyente y cambiante, multiforme, inabarcable, en nada parecida a

esa supuesta verdadera realidad de la que desde siempre han hablado los metafísicos y creyentes. Aceptar que el mundo es tal como se nos aparece y no como a la Razón le gustaría que fuese implica comprender la inocencia del devenir y la vanidad de las pretensiones humanas de hallar verdades y valores absolutos.